

timonio en este caso es el de Miramón, aquí lo presento en las palabras relativas á este hecho en su parte de aquella batalla, en el cual queriendo elogiar á su amigo Arellano; pero no pudiendo omitir la gloria que me pertenece, dice así, al referir que atacó al enemigo en la Alameda: *Este movimiento coincidió con la salida que hicieron del frente de la Cruz el E. S. General Gefe de Estado Mayor D. Leonardo Márquez, y el Comandante General de artillería D. Manuel R. de Arellano con alguna infantería, y una pieza de montaña, circunstancia que arrojó á las columnas enemigas que se habían adelantado sobre la derecha del mismo fuerte. Tal coincidencia libertó á la plaza del tenaz ataque que la amagaba por ese rumbo desde la mañana.*

De suerte que, mientras que Arellano me acusa de querer yo entregar la plaza en aquel día, Miramón declara oficialmente en su parte al Emperador que yo la salvé.

Esta declaración de una autoridad tan respetable como Miramón, y el relato de Hans, que acabamos de ver, me presentan la ocasión de recordar á Arellano aquel artículo de ordenanza que dice, que "la única certificación á que debe aspirar un oficial, es la pública notoriedad de sus hechos." Es decir: porque es lo mejor.

Dice Arellano que "yo me guardé bien de publicar en Querétaro el parte de Miramón de la batalla del 14 de marzo, pero que el Emperador lo mandó por casualidad á México, donde se publicó" No fué de casualidad; yo lo llevé con ese objeto y por eso apareció publicado el 30 de marzo, porque yo llegué el 27 del mismo.

## XII

### El ataque al cerro de San Gregorio \*

Tenaz Arellano en culparme por todo lo que pasó en Querétaro, me atribuye cuanto malo ocurrió allí y al fin de cada capítulo repite la cantinela de que va á probar mi traición, sin que acabe de probarla nunca, y sin que pueda hacer otra cosa que prorrumpir en injurias, que no son razones.

\* Nota del capítulo del libro de Arellano:—Plan que se formó para atacar á los republicanos el 17 de Marzo.—Combinación de Márquez para frustrarlo.—Engañado el Emperador ordena á Miramón que suspenda el ataque.—Profundo despecho de Miramón.—Falsedad de la causa sobre la cual se fundaron para hacer suspender el ataque.—Méndez cooperaba, sin saberlo, al triunfo de la traición de Márquez.—Causas de esta conducta.

Refiere el ataque de San Gregorio, frustrado el 17 de marzo, sustancialmente en estos términos:

Dice que "el general Miramón atacaría al mencionado cerro por su izquierda y retaguardia, protegido por el general Castillo, que figuraría un ataque falso por su derecha sobre la izquierda del enemigo; y que estando ya listo Miramón para atacar, se desgració su plan porque en esos momentos llegó el general Méndez al cerro de las Campanas donde estaba el Emperador y le dijo que el enemigo entraba en la plaza por el lado de la Cruz, y su brigada no había podido relevar á la fuerza de Castillo para que concurriese al ataque. Que ya era de día; que le era imposible colocar su brigada en el puesto que se le había designado y que además la plaza iba á ser tomada." En cuya virtud el Soberano me preguntó: "¿Qué debía hacerse?" Y yo opiné porque se retirara Miramón, puesto que ni podía ya emprender el ataque que había combinado, ni se podía abandonar la plaza, que, según Méndez aseguró al Emperador, iba á ser tomada.

¡Cuántas reflexiones se desprenden de esta narración de Arellano! en primer lugar, el plan de ataque sobre el cerro de San Gregorio, que Miramón propuso al Emperador, no era decisivo, sino parcial; porque no es como dice Arellano, que dicho punto contuviese el grueso del enemigo, sino sólo la pequeña guarnición que le correspondía. En segundo lugar, se ve que en todas las ocasiones que aquel general quiso disponer del ejército para atacar al enemigo, lo tuvo á su disposición, resultando de ello que es falso el que yo me opusiera nunca á ningún intento de ataque; y por el contrario, ayudé siempre para este fin, en cuanto pude, con toda la fuerza de mi voluntad. Y en tercer lugar, se palpa que no tuve la menor culpa en que se desgraciara aquella operación.

Desde el momento en que, resuelto el ataque de que estoy hablando, quedaron á las órdenes del general Miramón todas las tropas que se destinaron para este objeto, obligación era y responsabilidad de dicho general el vigilar que cada uno estuviese en su puesto á la hora prevenida, con toda la anticipación que la *Ordenanza* recomienda para estos casos, cuidando de que con la misma exactitud se verificara cualquiera relevo que se hubiese de ejecutar. Por consiguiente, si la brigada de Méndez no estuvo relevada á tiempo; si ésta no se halló en la línea de Castillo á la hora que se le previno; ni Castillo se encontró con su división en el punto de ataque á la hora que se le fijó, no

es ciertamente culpa mía, sino de Miramón que era el general en jefe de aquellas tropas y el responsable del movimiento, y debió ver que cada uno de sus subordinados cumpliera en la parte que le tocaba, porque la *Ordenanza* dice que: "Ningún oficial podrá disculparse con la omisión ó descuido de sus inferiores en los asuntos que pueda y deba vigilar por sí." Y en el caso de que se trata, Miramón debía mandar á su mayor general que vigilase el cumplimiento de sus disposiciones; y podía ir personalmente á cerciorarse de que todo se había hecho. Yo no era mayor general suyo, sino jefe de estado mayor del ejército; por consiguiente mi misión quedó cumplida desde el momento en que puse á su disposición las tropas destinadas á la operación que iba á ejecutar: lo demás le tocaba á él.

Y si el general Méndez le dió parte al Emperador de no poder hacer el movimiento que se le había mandado, y de estar la plaza en peligro, y por esta razón viendo que era impracticable lo que se había pensado, entre otras razones por haber aclarado ya el día y no poder Castillo situarse en su puesto, sin ser visto del enemigo, como se había calculado, y no poder tampoco Miramón permanecer al pie del cerro de San Gregorio, porque estaba dominado por los contrarios, que con sus tropas y sus cañones le habrían hecho un fuego nutrido y mortífero luego que lo hubieran descubierto, S. M. dispuso que se retirara violentamente, y para que la orden fuese más pronta y puntualmente cumplida, quiso que yo la comunicara personalmente: ¿qué culpa tengo de todo esto?

Dice también que Méndez no debía llevar artillería; esto es mentira, porque precisamente esta arma fué la que retardó su marcha, puesto que habiéndosele volcado un cañón en un foso, éste detuvo á su columna, que no pudo seguir por haber quedado interceptado el camino; sin este incidente, Méndez habría estado en su puesto á la hora prevenida.

Por otra parte, como Arellano pretende en este pasaje que si se hubiera dado ese ataque, se habría derrotado fácilmente al enemigo, tengo la necesidad de advertir que no hubiera sucedido así, ya porque el cerro de San Gregorio es el más bajo de toda la cordillera que ocupaban los sitiadores, los cuales habrían hecho descender fuerzas que bajaran dominando á las nuestras; y ya porque aun cuando así no hubiera sucedido, no por esto se habría alcanzado otro resultado que destruir á las que ocupaban el mencionado cerro, el cual hubie-

ra sido ocupado de nuevo por los contrarios á la retirada de Miramón.

Dos ejemplos tenemos de esta verdad: el primero, cuando dicho general ejecutó su salida sobre la garita de Celaya, que tuvo que desocupar luego, sin alcanzar resultado alguno ventajoso para la plaza; y el segundo, en la que verificó sobre el Cimatario el 27 de abril, en que no obstante haber derrotado á 10,000 hombres, y tomándoles 20 piezas de artillería y un crecido número de prisioneros, volvió á entrar en la plaza: el enemigo volvió á ocupar el Cimatario; y las cosas quedaron en el mismo estado de antes, sin haberse obtenido más que un nuevo desengaño de que esos ataques parciales no dan jamás otro resultado que el de sacrificar gente sin fruto alguno. Que éste hubiera sido el éxito final del ataque de San Gregorio, lo están probando los dos hechos anteriores. Que toda combinación en la guerra por buena que sea, se inutiliza luego que el enemigo la comprende, y por lo mismo no era posible realizar la de Miramón el 17 de marzo habiendo aclarado el día sin que sus tropas estuviesen convenientemente situadas: lo sabe cualquiera que sea militar. Y que Escobedo tenía siempre en su cuartel general columnas de reserva listas para ocurrir á donde se necesitara, lo vió Arellano en el Cimatario.

Finalmente, no se olvide que el mismo Arellano afirma que la falsedad de la noticia que Méndez dió al Emperador, respecto de estar amagada la plaza en el momento en que se iba á dar el ataque de San Gregorio, no se pudo aclarar hasta que S. M. regresó á la ciudad.

En el capítulo siguiente dice Arellano que este error en que Méndez hizo caer al Soberano, fué lo que le decidió á separarle del mando de su brigada; y al fin declara mi detractor que el Soberano fué quien mandó á Miramón que suspendiese el ataque del repetido cerro de San Gregorio.

### XIII

#### Propósitos de retirada á México\*

Verdaderamente hay ocasiones en que no se entiende lo que ha escrito Arellano. Acaba de decir que el Emperador, desagradado con

\* Resumen del capítulo del libro de Arellano:—Causas por las cuales se quitó á Méndez el mando de la brigada de reserva.—Vengancita de Márquez.—Miramón y Arellano se retiran.—Márquez propone otra vez la retirada.—Mejía y Méndez le apoyan.—El Emperador se decide á ella.—Miramón y Arellano trabajan para disuadirle.—Miramón se opone inútilmente.

Méndez por su conducta del 17 de marzo, lo destituyó del mando de su brigada, y á continuación afirma el mismo Arellano, que yo quise que Méndez tuviese un nuevo mando. Primero, asienta que el Soberano separó de su brigada al general de que se trata, y á continuación dice que yo le dí el mando de la primera división de infantería y destituí á los generales de sus brigadas, reemplazándolos con otros: por fin, ¿quién mandaba el ejército, el Emperador ó yo? ¿Cómo es que á un general destituido del mando de su brigada por S. M., descontento con él, podía yo darle el mando de una división? ¿Cómo es que yo podía destituir generales y reemplazarlos con otros, sin que el Emperador lo mandara? ¡Vamos! cualquiera que sea militar no podrá menos de reírse al ver este baturrillo; y cualquiera que tenga sentido común comprenderá desde luego la dañada intención con que está escrita cada una de las palabras de mi calumniador.

Esto es lo que pasó desde que llegamos á Querétaro, procedentes de México: me ordenó el Emperador que se separa al general Casanova del mando que tenía, y meditando sobre el general que hubiera de reemplazarle, se pasó el tiempo hasta que llegó el acontecimiento del cerro de San Gregorio. El Soberano entonces, que quiso quitar á Méndez de su brigada sin darle en que sentir, encontró la oportunidad de verificar el cambio que deseaba, y le nombró jefe de la división que mandaba Casanova. La separación inmediata de los generales Escobar y Herrera Lozada era una consecuencia natural y precisa, porque teniéndoles el Emperador una grande estimación, no quiso dejarles á las órdenes de Méndez, que era más moderno, y les separó de sus brigadas para colocarlos después en otros puestos.

Jamás he tenido resentimiento alguno con el general Casanova que se encontraba de comandante general en México el año de 1860, porque esto nada tuvo de particular, ni con ello me infirió ofensa alguna. El fiscal en el juicio que se me formó en aquella época lo fué el general don Luis Martínez, y sin embargo con él conservo la mejor amistad. El autor de los ultrajes que se me irrogaron con aquel procedimiento, lo fué el ministro de la Guerra don Antonio Corona; y á pesar de esto, cuando estuve en Europa hice un viaje á propósito á la ciudad de Niza, donde murió, para visitar su sepulcro.

Advertiré de paso á Arellano, que tan engreído está con sus conocimientos en jurisprudencia militar, que Casanova nunca fué mi juez, porque no podía serlo en razón de que se me juzgaba como gober-

nador de Jalisco y de otros cuatro departamentos que yo mandaba con ese elevado carácter: se trataba de asuntos de mi gobierno y no tenía más juez que la Suprema Corte de Justicia. El ministro de la guerra, que ignoraba su deber y quería tenerme bajo su dominio, para juzgarme inquisitorialmente cometiendo toda clase de arbitrariedades, me mandó juzgar por lo militar, y se me nombró un fiscal para ello; pero la Suprema Corte de Justicia protestó contra aquel atentado; entabló la competencia; hizo valer sus derechos y ganó el punto.

En cuanto á López, fué nombrado para mandar la brigada de reserva por el mismo Emperador. Si yo hubiera podido, habría nombrado á cualquiera otro general, pero jamás á López.

Para que todos los que hayan leído el folleto de Arellano y lean esta refutación, se espanten más de la infamia de este detractor, sólo deseo que fijen su atención en esta reflexión, ¿es posible que Arellano, que abandonando sus cañones al frente del enemigo y dejándolos perder sin defensa, fué sorprendido durmiendo en su cama y se escapó luego huyendo por las azoteas, insulte, deprima y humille al bizarro general Méndez, que murió heroicamente, vertiendo su sangre por la patria y exhalando el último aliento en la fachada de la misma casa en que estaba escondido Arellano?

Más adelante se queja de que Méndez fuese encargado de la división que mandaba Casanova, porque esto lastimaba á Miramón, que veía en Méndez al responsable de haberse frustrado el ataque de San Gregorio. Luego aquí declara el mismo Arellano que Méndez tuvo la culpa de aquel acontecimiento.

En cuanto á las instrucciones que, según dice Arellano, mandó S. M. al ministro de la guerra en México, ordenando hasta el punto en que había de situarse su tienda de campaña, fueron dadas cuando yo propuse al Soberano la marcha á México con todo el ejército; y esto mismo prueba que S. M. estaba de acuerdo con mi opinión, porque conocía la verdad de cuanto yo le dije; pero ya Arellano declara y repite siempre que puede, que él es quien se opuso á ese proyecto y que privadamente habló al Emperador hasta persuadirlo de que no lo llevara á efecto, pintándole en su ejecución impracticable la más completa ruina; y ya hemos visto los funestos resultados del consejo de Arellano.

A propósito de esto, quiero hacer aquí la reflexión siguiente. En primer lugar, á la marcha á México le da Arellano el nombre impro-

pio de retirada; y en segundo lugar, la considera vergonzosa. Ahora bien: el movimiento de que se trata no era una retirada, sino una maniobra estratégica y muy militar, para salir de la posición falsa en que estábamos: arrancar al enemigo de la ventajosa que ocupaba y traerlo á un terreno conveniente para nosotros, adonde con mejores elementos, en mayor número y con todas las ventajas de nuestra parte, hubiéramos podido despedazarlo, alcanzando una victoria espléndida, tan gloriosa como concluyente.

Pero aun cuando realmente hubiera sido una retirada, porque así conviniera al plan de campaña, nunca podría ser vergonzosa, y mucho menos después de haber triunfado sobre el enemigo. Yo pregunto: ¿es vergonzosa una retirada? Entonces ¿por qué los experimentados, instruídos y entendidos generales Filisola, Miramón y Woll practicaron las que dejo mencionadas, no obstante que los dos últimos fueron perseguidos y batidos constantemente por el enemigo durante muchos días de marcha, hasta que lograron entrar en su cuartel general de Guadalajara? ¿Por qué razón todos los autores en el arte de la guerra enseñan el modo de ejecutar este movimiento y prescriben las reglas que han de observarse? ¿Por qué á una retirada bien hecha, se da el mismo mérito que á una batalla ganada? ¿Por qué establece la *Ordenanza* y enseña la táctica reglas precisas á que han de sujetarse, en ese caso, los individuos del ejército? ¿Por qué, en fin, se declara en órdenes generales que “es acción distinguida en un oficial el batir al enemigo con un tercio menos de gente en ataque ó retirada?” Luego el movimiento que nosotros íbamos á ejecutar, en vez de ser vergonzoso, era uno de los que la *Ordenanza* declara acción distinguida, digna de ascenso ó premio. Y como Arellano dice que Miramón se sorprendió cuando le notició el movimiento que se iba á practicar, yo quiero probar aquí, que miente Arellano, porque Miramón ya lo sabía y estaba conforme con él; de suerte que si fué á solicitar del Emperador que desistiera, se debió sólo á las sugerencias de Arellano, que lleno de pavor fué á pintar á su amigo, nuestro próximo fin, como él mismo lo dice. Nada consiguió Miramón, y esto es una nueva prueba de que el Emperador estaba firmemente resuelto á emprender el movimiento que lo habría salvado, si Arellano no hubiera logrado al fin persuadirle de que desistiese. Para probar lo que acabo de decir y para poner más de manifiesto la falsedad de Arella-

no, inserto á continuación la respuesta que Miramón dió á la orden de marcha que yo le comuniqué; dice así:

“Cuerpo de Ejército de Infantería.—Querétaro.—Marzo 17 de 1867.—E. S.—Impuesto por la comunicación de V. E. fecha de hoy, en que se sirve informarme de la resolución tomada por S. M. el Emperador sobre el medio de obligar al enemigo á cambiar su plan de campaña, haré que se cumpla en la parte que me corresponde.—El General de división.—Miguel Miramón.—E. S. General, Jefe del Estado Mayor General.”

Y para robustecer más mi dicho; para patentizar más claramente que todos estaban conformes con el movimiento dispuesto por mí; que nadie lo veía deshonoroso, ni difícil, y que encontraron arreglado á las prescripciones del arte el orden en que organicé la columna, con excepción de la caballería del centro, que no comprendieron por qué iba allí, lo cual explicaré luego; y en fin, para poner más de manifiesto la falsedad con que Arellano habla en todo, voy á insertar íntegra la carta confidencial que me dirigió el general Castillo con este motivo; hela aquí:

“Marzo 17 de 1867.—Apreciable General.—El General Miramón me ha comunicado la orden de marcha y la colocación de todos los cuerpos de la columna, y por acuerdo suyo le trasmito las observaciones que ha querido le haga presente para que Vd., de acuerdo con S. M., vea si parecen justas y dignas de tomarse en consideración, en un movimiento de tanta importancia.

“Yo por mi parte, si debo ó me es permitido hablarle confidencialmente, me parece que, si no hay razones de peso, merecen atenderse como disposiciones que pueden evitar todo desorden, y dar más seguridad á nuestra marcha.

“Lo que le parece al General Miramón, y con lo cual estoy de acuerdo, salvo que haya motivos que ignoramos, es que la caballería no vaya interpolada entre la infantería, sino que marche á vanguardia y retaguardia, apoyada por la infantería; de manera que él cree conveniente vaya, como se ha dispuesto, la caballería Quiroga, la 1.<sup>a</sup> división y carros; mas después de éstos, la 2.<sup>a</sup> división y la reserva, que tiene la mejor infantería para proteger al resto de la caballería, inclusa la de reserva.

“Este orden á mí me parece tanto más necesario cuanto que el enemigo, lo único que por lo pronto hará, será mandarnos la caballería que

tiene y la que es fácil desordene á los batallones reclutas que tiene la 2.<sup>a</sup> división. *La caballería Mejía será siempre un respeto para el enemigo y apoyada por las mejores de nuestras tropas*, que son las de reserva, impedirán toda desmoralización. V., en todo esto, acordándolo con S. M., verá lo mejor y más á propósito para el movimiento, entendido que por mi parte sólo me tomo la libertad de hacer estas indicaciones porque conozco la impresión que produce en soldados reclutas un cuerpo imponente de caballería, y la que puede producir un desorden peligroso. V., pues, arreglará lo que sea más á propósito.—Soy como siempre, suyo afectísimo amigo, y seguro servidor que B. S. M.—*Severo Castillo.*”

Ahora bien, con el relato de Arellano y los documentos anteriores, se prueba de la manera más clara, que del Emperador abajo todos estaban de acuerdo en el movimiento y resueltos á llevarlo á cabo; y que si no se hizo, fué sólo porque Arellano, creyéndose perdido, trabajó hasta conseguir impedirlo; de suerte que á él se debe que el Soberano y su ejército no se salvaran entonces, y que sucumbieran más tarde bajo la cuchilla de sus enemigos. Arellano es el único responsable de aquella desgracia y debe estar muy satisfecho de su obra.

Réstame advertir, que la caballería, que *sólamete para salir* iba interpolada en la infantería, *no era para que continuase allí, sino precisamente para que estuviese más pronta á separarse, luego que entrásemos al camino*, colocándose fuera de él á proporcionada distancia por derecha é izquierda, cubriendo los flancos de las columnas, á fin de que ésta marchase perfectamente encajonada por vanguardia, retaguardia y flancos, por la caballería apoyada con la infantería y los cañones; teniendo además por objeto, su situación á la altura del centro de la columna, el estar á igual distancia de la vanguardia y retaguardia, para poder dirigirse prontamente, á donde se necesitara su presencia, siendo esta combinación tanto más militar y necesaria, cuanto que íbamos á entrar en un terreno llano y abierto y teníamos que tomar nuestras precauciones contra la caballería enemiga, que era numerosa, y podía presentarse repentinamente por cualquiera parte; era pues indispensable cuidar el centro, así como se cuidaba la vanguardia y retaguardia, y mucho más, siendo nuestra columna prolongada por su fuerza.

Y como al ejecutar el movimiento, el enemigo quedaba á nuestra retaguardia, que era por donde había de presentarse, por esto, pun-

tualmente, el Emperador quiso que cerrase nuestra columna, Castillo con su división, llevando á su vanguardia la brigada de reserva, para que la apoyara, porque siempre se ha de colocar la mejor tropa por donde se espera al enemigo.

## XIV

## ¿Cómo salvar al ejército imperial? \*

¡A cuantas reflexiones se presta el primer párrafo de este capítulo de Arellano! ¡qué verdad tan tremenda consigna! y sobre todo ¡qué cargo tan terrible y tan incontestable para mi detractor!

Dice primero, que el Emperador le preguntó lo que sería conveniente hacer con los trenes, si deshacerse de ellos ó llevarlos consigo, lo cual prueba que el Soberano estaba firme en su resolución del movimiento; y luego asienta que S. M. le exigió que le diese por escrito su opinión, porque deseaba (dice) “tener consignadas por escrito las opiniones y los compromisos que con él\*\* se contraían: *si por fin se decidía que el ejército imperial quedase entregado á sus propios recursos.*” Es decir: puesto que ustedes se empeñan en que todos nos perdamos, consígnenme ustedes por escrito su opinión para que en todo tiempo el mundo sepa á quien se debe esta desgracia.

Con la comunicación que Arellano mandó al Emperador el 20 de marzo, según él dice, se manifiesta más claramente la mala fe y la torpeza con que hablaba al Soberano, la presunción que tiene de sus conocimientos militares y su empeño por alejarme del lado de S. M. para quedar solo en compañía de Miramón.

En ese documento empieza por confesar “que en los alrededores de México abundan los recursos de todo género; pero á continuación agrega que el movimiento hacia México es impracticable con nuestras tropas recientemente organizadas, faltas de moral y teniendo el enemigo al frente.”

Luego si en los alrededores de México había toda clase de recur-

\* Resumen del capítulo respectivo del libro de Arellano:—Conferencia del Emperador con Arellano.—Sus resultados.—Maximiliano convoca un consejo de guerra, para determinar el partido que se debe tomar.—Se resuelve la continuación de la defensa y el hacer venir de México, para Querétaro, un ejército auxiliar.

\*\* Habla del Emperador con la grosería y falta de respeto propia de Arellano.—(Nota de L. M.)

sos, mientras que en Querétaro carecíamos de todo, yo tenía razón en querer que marchásemos á la capital.

No es exacto que todas nuestras tropas estuviesen recién organizadas. Si bien es cierto que se contaba entre ellas al pequeño batallón de Celaya, al reducido de Querétaro y alguna otra fuerza insignificante que se había formado á última hora; en primer lugar, esto no importaba nada porque nuestra fuerza principal la constituían la división de Méndez, venida de Michoacán y formada por mí delante de Arellano en Puebla el año de 1863, compuesta de los soldados que hicieron la heroica defensa de aquella plaza: dieron á mis órdenes la batalla de Morelia á fines del mismo año, venciendo 3,000 hombres á 14,000 que nos atacaron; y después de hacer conmigo la campaña de Colima hasta el Manzanillo, una parte de esos valientes, el resto quedó en Morelia cubriéndose de gloria á las órdenes del general Méndez en la campaña de Michoacán tan difícil como laboriosa, cerca de tres años, hasta que marcharon á Querétaro. Del regimiento de caballería de la Emperatriz, en su fuerza de reglamento, cuyo cuerpo siendo un modelo de honradez, disciplina y valor, llamó la atención en la frontera del Norte por sus hechos bizarros, hasta el grado de derrotar á sus contrarios el mencionado cuerpo, cargando una vez sobre los que quisieron sorprenderlo, yendo los dragones de la Emperatriz casi desarmados y montando sus caballos en pelo, en cuyo estado alcanzaron la victoria. De la brigada del Norte, compuesta de hombres aguerridos de la Frontera, á las órdenes del coronel Quiroga, que siempre brillaron por su comportamiento. De las tropas que yo llevé de México, en que figuraba el batallón de policía, formado de soldados del antiguo ejército, viejos y aguerridos. Y de muy buenos artilleros, mandadas todas estas tropas por lo mejor que nuestro país tenía en generales, jefes y oficiales. Este era el ejército que Arellano presentó al Emperador en su comunicación oficial de que estoy hablando, como recluta inmoral é inservible, terminando ese párrafo de su nota con la vergonzosa reflexión de que teníamos el enemigo al frente.

Más adelante dice. . . . "Estamos en una plaza doblemente cercada, ya por la cadena de montañas que la dominan, ya por un ejército numéricamente muy superior al nuestro, aunque inferior á éste en inteligencia y disciplina militar;" ahora bien: pues si la plaza está cercada por una cadena de montañas que la dominan, ¿por qué

se empeñó Arellano en retener al Emperador en una posición tan antimitar como indefendible, en que por razón natural tenía que sucumbir? Y si los sitiadores, aunque superiores en número, eran inferiores en inteligencia y disciplina militar, ¿cómo consideró Arellano que no podríamos salir por un camino carretero, tan despejado y abierto como el de Celaya, en el cual pudiendo jugar nuestra artillería, nos hubiéramos abierto paso á cañonazos, rompiendo repentinamente sobre el punto que íbamos á forzar, un fuego nutrido de treinta piezas que el enemigo no hubiera podido resistir? ¿qué no sabe Arellano que con sólo cuatro batallones y 18 piezas practiqué yo esta misma operación en Ahualulco, lanzándome sobre la montaña que defendían 9,000 fronterizos aguerridos y valientes, con 33 piezas de artillería muy bien servidas, y los derroté completamente, alcanzando una victoria espléndida, que de Miramón abajo, nadie, con excepción de mi detractor, me ha negado jamás? Pues, ¿por qué no habíamos de haber podido hacer lo mismo en Querétaro, contando con mejores elementos que los que tuvimos en Ahualulco?

Luego dice Arellano: "Es cierto que al Oeste de la ciudad no hay montañas: *pero allí está el enemigo.*" De suerte que para salir de Querétaro, Arellano quería encontrar un portillo por donde no hubiese enemigo.

Después sigue diciendo: "también es verdad que el Sur está libre de las tropas republicanas, pero de este lado tenemos el cerro del Cimatarío, que hace imposible el paso de los trenes y de la artillería. No se trata, pues, de una simple retirada, como impropriamente se ha querido llamar al temerario movimiento que tratamos de ejecutar, sino la rotura de un sitio, operación que no puede tener buen éxito sino salvando la artillería y los trenes, y que es de todo punto imposible, si se abandonan estos dos elementos de fuerza. En este caso, causaríamos la desmoralización del ejército, y la retirada desde el primer día se convertiría en una fuga desastrosa, si como es posible, los 7 ú 8,000 caballos, que tiene el enemigo, se mueven en persecución nuestra.

Aquí confiesa Arellano, que en el caso de salvarse la artillería y los trenes, el movimiento tendría buen éxito; luego yo tenía razón en querer que se llevara todo, y la tenía yo también en elegir para este fin el camino de Celaya que nos proporcionaba esta comodidad; que era el mejor y más á propósito, y sobre todo que era el único. En cuanto á que nos persiguieran los 7 ú 8,000 caballos del enemigo, sólo á

Arellano pudo ocurrirle que esto fuese de alguna importancia; y en ello mostró muy pocos conocimientos militares y ninguna experiencia en la guerra. ¿Qué hubieran podido hacer 8,000 caballos á 9,000 hombres floridos de las tres armas, con 40 piezas de artillería? Sabido es en mi país que cuando con sólo 3,000 hombres fuí de México á Guadalajara en octubre de 1860, se me aparecieron desde que entré en el departamento de Guanajuato 3,000 caballos enemigos, procedentes de Morelia, que en todo el camino, hasta el punto de mi destino, fueron constantemente á la retaguardia de mi columna, tiroteándola sin cesar día y noche. Sin embargo, ningún mal me ocasionaron; y para libertarme de la molestia de sus tiros me bastó llevar siempre á retaguardia una pieza de artillería y una compañía de infantería, que escalonándose por mitades de trecho en trecho, detenían al enemigo con algunos tiros de fusil, cuando se acercaba, y si se empeñaba mucho, con un disparo de cañón, lo cual era bastante.

Más adelante dice Arellano "que el movimiento le parece mal llevando todos los trenes, y peor aun, abandonarlos. . . . . que después del desastre de San Jacinto se debió haber trasportado el teatro de la guerra á México, cubriendo la línea hasta Veracruz. . . . . que cediese el mando del ejército á Miramón, quien atacaría al enemigo de una manera decisiva. . . . . que yo no había hecho ir de México las municiones necesarias para toda la campaña. . . . . le ofrece al Emperador hacer milagros para proporcionarlo todo á fin de que nada faltase mientras iba un ejército auxiliar de México, "en el cual nadie había pensado, porque no lo había."

Necedades son todas éstas que no tienen contestación, ¿cómo se había de cubrir la línea de México á Veracruz; ni como podrían haber permanecido las tropas que en ella se hubieran establecido, antes de destruir al enemigo que con fuerzas numerosas, como lo vimos, se arrojaba como un torrente sobre la capital, y que habría hecho lo mismo sobre los demás puntos de nuestra línea, que atacados aisladamente y sin poderse auxiliar unos á otros, hubieran sucumbido todos, uno á uno desde México hasta Veracruz? ¿cómo podíamos ocuparnos de establecer guarniciones, antes de hacer la campaña y concluir con nuestros adversarios? ¿en qué autor habrá aprendido Arellano esta doctrina militar?

¿Para qué quería Arellano que S. M. diése el mando del ejército á Miramón, cuando de hecho lo tenía, puesto que disponía de las tro-

pas á todas horas? Dijo Arellano al Emperador que "así Miramón atacaría al enemigo de una manera decisiva;" pues bien, ¿por qué no lo hizo en todo el tiempo del sitio? Los ataques que aquel valiente general dió en ese tiempo con honra suya y gloria del ejército, no fueron otra cosa que ataques parciales, cuyo objeto no comprendo. Yo sé que una fuerza sitiada debe hacer salidas frecuentes al principio del sitio para destruir los trabajos de zapa del sitiador, impedir la apertura de sus paralelas, clavarle sus cañones, inutilizar sus trabajos y retardar su aproximación cuanto sea posible. Pero no siendo con este fin, estando ya establecido el cerco y no alcanzándose fruto alguno en destruir tal ó cual fuerza que el enemigo puede reemplazar de momento, no tienen objeto las salidas, porque no se hace más que sacrificar inútilmente á valientes que hacen falta y no se pueden reemplazar. Una vez llegado á esa altura el sitio de una plaza, no hay más operación que combinar un plan para sorprender al sitiador y atacarlo de improviso vigorosamente con todas las fuerzas, si se puede, procurando decidir la cuestión de un solo golpe. Por esta razón cuando le hablé al Emperador de este asunto, fué en este sentido, y el éxito de todos los ataques que dió Miramón en Querétaro, muy gloriosos para aquel ejército de héroes que asombraron con su valor, su moralidad y su disciplina, tuvimos el sentimiento de que no diesen más resultado que el que dejo dicho. Si cuando al principio del sitio, salió Miramón por el camino de Celaya con unos cuantos soldados, lo hubiera verificado todo el ejército, desde entonces habríamos salido; y si cuando tomó el Cimatario, hubiera dispuesto de más tropa, desde aquel momento hubiera quedado roto el sitio.

Después de la comunicación de Arellano á que acabo de referirme, dice que se citó una junta de generales, la cual tuvo lugar el mismo día para ser consultada por el Emperador acerca de la determinación que debía tomarse.

¡Triste en verdad era la situación del Soberano, á quien se hacía desconfiar constantemente del hombre más leal que tenía á su lado, y se presentaban como traición, ó al menos como torpezas, los consejos de la experiencia, las doctrinas de los autores más sabios en la ciencia de la guerra y sobre todo el conocimiento profundo de los hombres y de las cosas en el país en que vivíamos! ¡y triste misión la de aquellos miserables que por mezquinos rencores, por odios personales y por ambición sin límites, por envidia y por perversidad, po-

nían una venda en los ojos del Monarca engañándole constantemente para perderle y perder su patria!

Los detalles de la junta mencionada no se efectuaron como dice Arellano, que siempre fátauo en todo, pretende hacer aparecer á Miramón como presidente de ella en representación del Soberano y figurar mi detractor como uno los vocales más importantes; pero prescindamos de esas pequeñeces: perdonémoslas como debilidades humanas, y vamos á lo substancial. En resumen dice que, "la Junta decidió defenderse en Querétaro y que el Emperador declaró *que con verdadero placer ratificaba todo lo que se había resuelto y que se adhería á los puntos secundarios*, que se habían originado de algunas opiniones particulares. Que varios de esos puntos *secundarios* fueron aprobados desde luego por el Emperador y que el más importante era *que saliesen de México refuerzos para socorrer la plaza.*"

Téngase presente que el mismo Arellano dice en su folleto, que el Emperador estaba tan resuelto á marchar á México con el ejército, que ni Miramón con todo su poder logró disuadirlo de ese proyecto, cuando le habló para ello: que S. M. había escrito ya á su ministro de la guerra en México, noticiándole este movimiento, dándole instrucciones para que las tropas de México cooperasen á él, y señalando hasta el lugar en que había de establecerse la tienda de campaña de S. M.; finalmente, que estaba ya resuelta la relacionada marcha y que Arellano, nada más que Arellano, fué el que tuvo *la gloria* de convencer al Emperador para que prescindiese de su pensamiento. Y véase ahora, en el término de la junta, como declaró el Monarca: que "con verdadero placer ratificaba todo lo que se había resuelto;" cuando esto estaba en abierta oposición con lo que antes tenía determinado; y así se comprenderá hasta qué grado logró Arellano engañar al Emperador, para conducirle luego al suplicio; y se vendrá en conocimiento de la verdad que antes he dicho, esto es, que mis razones no pesaban nada en el ánimo del Soberano á quien yo quería salvar.

No es cierto que en aquella junta se acordara como punto secundario el pedido á México de refuerzos para la plaza, porque demasiado sabido era que no los había. Si Arellano fuera caballero y capaz de decir la verdad, le recordaría que en aquella misma junta, émitiendo esa idea Miramón, *extraoficialmente y de una manera enteramente privada*, tratándose de que se librase la orden al general Tabera para

que marchase á Querétaro con la guarnición de México, pregunté á Miramón:

—Y francamente ¿cree usted qué podría llegar aquí? ¿lo dejaría pasar el enemigo?

Y Miramón me contestó, después de reflexionar un momento:

—La verdad, no.

## XV

### Cómo salí de Querétaro \*

¡Es lástima que Arellano hable á tanta distancia, y lástima también que los testigos no estén presentes! ¡con razón nuestra sabia *Ordenanza* prescribe la práctica de careos entre el acusado, su acusador y los testigos, y aún entre estos mismos, siempre que hay discordancia en sus declaraciones, porque es el único medio de destruir la calumnia y aclarar la verdad!

Yo no pedí al Emperador marchar á México; ni la destitución de los Ministros; ni se nombró á Vidaurri y Portilla para que se asociaran conmigo, porque no iba yo á establecer una sociedad mercantil, sino á mandar en nombre del Soberano; ni me importaba que mi marcha se supiese ó no en la plaza de Querétaro; ni tenía yo necesidad de arreglar ninguna combinación para mi vuelta, porque no tenía que volver; ni yo pedí al Soberano que me concediese poderes, ya porque nunca pido nada y ya porque no los necesitaba, puesto que por mi carácter de jefe del estado mayor general, no de las tropas de Querétaro, sino de todo el ejército del Imperio, que era lo que mandaba el Soberano, llevaba yo su voz y podía mandar en su nombre cuanto se necesitara; ni yo pedí, en consecuencia, el nombramiento de lugarteniente, que me fué conferido espontáneamente; ni yo podía desear

\* Resumen del capítulo del libro de Arellano:—Al Emperador le corresponde el derecho de nombrar al general que había de salir en busca de los recursos que la plaza necesitaba.—Márquez, mirando que sus proyectos de traición habían fracasado, forma otro para consumarla.—Aconseja al Emperador que le nombre para el desempeño de la misión.—Le aconseja la destitución de los ministros conservadores.—Nuevo ministerio.—Inútil previsión del Emperador.—Profundo secreto en cuanto á la partida de Márquez.—Poderes que le son conferidos.—Sale de la plaza de Querétaro.—Antes de su salida es condecorado con la medalla de bronce del mérito militar.—Sensación que causó en el ejército la partida del general Márquez.